

MIRADAS PEDAGÓGICAS SOBRE BOLIVIA

Pedagogical glances at Bolivia

José María Hernández Díaz
e-mail: jmhd@usal.es
Universidad de Salamanca

Por tierras de Bolivia, observando su educación

De ninguna manera iba a ser una premonición, pero la primera de nuestras presencias en Bolivia tiene un aterrizaje algo mareante y doloroso en el aeropuerto de la Paz, El Alto, de auténtico dolor de cabeza, de soloche duro, sólo combatido con paciencia y espera, aguantando un intenso dolor de cabeza, vómitos agudos, tratamiento con hojas de coca en infusión, y... muchas ganas de adentrarnos en el mundo educativo boliviano. Eso sí, sin olvidarnos de por qué Bolivia suele desear jugar los partidos de fútbol de su selección nacional bajo el cobijo y la vigía siempre atenta del Illimani (6465 metros de altura), siempre blanco, cargado de nieve y hielo. El mal de altura y los sofocos que genera no son algo banal.

La Paz es la capital de Bolivia, sede del poder ejecutivo y legislativo, donde está ubicada buena parte de la administración central del estado boliviano. Forma junto con la ciudad del Alto el mayor conjunto urbano de Bolivia (algo más de dos millones de habitantes sumando las dos), si bien la ciudad de los llanos orientales contiguos a la Amazonía, Santa Cruz de la Sierra, disputa día a día la primacía demográfica, económica, y hasta política del país. La Paz sigue siendo, no obstante, más allá de la política, el epicentro de la vida cultural y educativa boliviana, de editoriales y librerías, congresos y grandes conferencias, universidades y centros educativos principales, huelgas de maestros y manifestaciones por la mejora de la educación.

Conocí algo de Bolivia de primera mano, y por primera vez, en 2004, cuando gobernaba Carlos Mesa, periodista culto y político de arraigo democrático, que daba por entonces impulso a diferentes proyectos educativos, y comenzaba a reconocer con más énfasis e interés la diversidad de naciones que conforman el estado boliviano, un país hoy de algo más de diez millones de habitantes, con 34 etnias de pueblos originarios, entre las que sobresalen aymaras, quechuas y guaraníes, además de blancos hijos de criollos, negros (porcentaje pequeño), cholos y otros grupos híbridos. Evo Morales, y su gobierno, desde 2006 han legitimado este estado plurinacional y pluriétnico, y lo han plasmado en la constitución política de 2009, así como en numerosos proyectos de reforma educativa. Comienza a darse la palabra a los indígenas, y la educación es un camino preferente de confirmación de ese proyecto político y educativo.

La controvertida historia de Bolivia desde su independencia en 1825, país sometido como pocos a los vaivenes de las asonadas militares, y a la explotación masiva de riquezas desde tiempos lejanos de la colonia española hasta nuestros días, ha impedido hasta el presente la consolidación sólida de un sistema educativo eficaz, capaz de formar ciudadanos cultos, competentes al servicio de la nación y de fomentar la equidad social a través de una escuela de calidad, y bien financiada y administrada. El bajísimo salario de los maestros de escuela primaria, y en general de todos los profesionales de la educación, por ejemplo, sigue evidenciando carencias estructurales graves en su sistema educativo, aunque se hable de un 95% de la población alfabetizada, la mayoría en español. Caben serias dudas sobre tales estadísticas.

En el campo de la educación superior observamos la presencia arraigada del modelo USA, con la implantación de numerosas universidades privadas, la mayoría de discutible calidad, y orientadas a la formación de profesionales, sobre todo de las ciencias sociales, y apenas al cultivo de proyectos de investigación, tanto de las ciencias experimentales como del resto de saberes y campos científicos. Bolivia es un país completamente dependiente en materia de investigación, algo que se puede aplicar con rotundidad también a la investigación educativa. Cabe, no obstante, un aliento de esperanza en los últimos años, cuando uno ha observado que la política universitaria de Evo Morales se ve apoyada de forma evidente con nuevos recursos financieros procedentes de la nacionalización de hidrocarburos. Algunos campus universitarios, como por ejemplo el de la Universidad Pública René Moreno en Santa Cruz de la Sierra, en pocos años van cambiando de aspecto, con nuevas y modernas instalaciones, con apreciación de más recursos. Ya sabemos que no se trata solamente de valorar la política universitaria por los edificios, pero esa es sin duda una parte notoria del interés por la mejora de la educación superior que muestran los actuales gobernantes bolivianos. Habrá que añadir otras aún más importantes, claro está.

Sucre ciudad colonial, política, criolla e indígena

Sucre (hoy con casi 300.00 habitantes) conserva un estricto sabor colonial en la mayor parte de su casco histórico, por fortuna muy bien conservado, lo que le valió para ser declarada Patrimonio de la Humanidad en 1991. Uno tiene la impresión de caminar por sus calles y andar por un pueblo extremeño, de esos grandes, de casas blancas y tejados asequibles por su altura equilibrada y de teja roja castellana, de un barro con mucha personalidad. Es la capital del Departamento de Chuquisaca, nombre que tuvo la ciudad después del originario Charcas, y anterior al actual, Sucre, concedido en 1825 en nombre del libertador y padre de la patria, Antonio José de Sucre.

La plaza mayor, bien ajardinada, modelo de ágora colonial, espacio de encuentro de los paisanos en festejos varios y en el devenir cotidiano, y de exposición de la vida política oficial, donde como en otras grandes plazas de sabor español siempre confluyen los poderes fácticos: iglesia catedral, gobierno, ayuntamiento, representación del poder jurídico. Y en proximidad siempre se encuentran los centros de sociabilidad de la burguesía criolla, de los terratenientes, los casinos y clubes de encuentro. Es así como sucede también en otras muchas grandes e históricas ciudades de Bolivia (Coachabamba, Santa Cruz de la Sierra,) o de la América española (desde el zócalo de México, o la plazas de Quito, Lima o Santa Fé de Bogotá). En el salón de actos del ayuntamiento tuve la oportunidad de escuchar una notable conferencia del entonces presidente de la República de Bolivia, Mesa, en diciembre de 2004. Hablaba, y bien, sobre los grandes retos que se cernían sobre el país, en ese lenguaje tan retórico y usual que poseen las capas cultas de toda la América de habla española.

Sucre es la capital jurídica de Bolivia, y allí se encuentran las más importantes instituciones y personalidades del aparato jurídico del Estado (magistrados, fiscales, miembros del tribunal constitucional). No en vano fue punto de arranque de la independencia de Bolivia, y referente histórico de la chancillería de Charcas.

Junto al Sucre oficial de la administración, observamos también una población indígena muy empobrecida, como la que circula por la mayor parte de Bolivia en cualquiera de sus ciudades y comunidades rurales. Parece permanecer ajena y distante a los beneficios de la escuela y la cultura, aunque las estadísticas oficiales traten de encubrir una dolorosa, pero evidente realidad.

A las afueras de la ciudad de Sucre, en el interior de una enorme cantera que produce materiales para surtir la mayor fábrica de cemento del país, se encontraron hace algunos años valiosos restos paleontológicos del periodo cretáceo. Se trata del yacimiento Cal Orko, que representa el yacimiento de huellas fosilizadas de dinosaurios más importante del mundo. Es visita obligada y reflexión

para el hombre, la ciencia y el poder de la persistencia del tiempo, y el carácter histórico de los seres vivos. Cuando nosotros lo visitamos, pues al parecer más tarde han emergido nuevos restos fósiles, daba la impresión de poder remontarnos a mundos muy lejanos, prehistóricos, donde parecía prepararse la llegada de quien iba a ser el ser superior de la naturaleza, por impresionante que ésta parezca, o lo sea en realidad, tal como allí mismo se visualizaba.

Pero no podíamos abandonar la ciudad sin conocer la Universidad San Francisco Xavier de Chuquisaca (fundada en 1624), una de las más antiguas de toda América, siguiendo entonces el modelo organizativo de la de Salamanca, pues ese había sido el objeto principal de nuestra estancia en Sucre. Es hoy una institución pública, organizada por diferentes facultades, entre las que destaca la de Derecho, la de estudios jurídicos, por su relevancia histórica, y por su influyente presente en el sistema jurídico boliviano. Además de su bello claustro-patio, de concepción conventual, al estilo de la arquitectura universitaria española de la edad moderna, nos pareció especialmente atractivo su archivo universitario, el perfecto orden que guardaba y la calidad de sus fondos documentales. Quedaba en mi mente y corazón la posibilidad de revisar algún día este archivo, sus ricos fondos, escarbando en el prestigioso pasado de esta universidad boliviana, la primera de todas, pero con fundamento historiográfico actualizado. Todavía no ha surgido una nueva oportunidad, y eso lleva su tiempo. La ubicación de la universidad en el tejido de la ciudad, como no podía ser de otra forma, queda próxima a los centros neurálgicos del poder religioso y político, manteniendo la ruta marcada durante la colonia para los modelos urbanísticos de las grandes capitales de los nuevos territorios sometidos y reorganizados.

En el contexto y entorno que concede personalidad a la ciudad, el viajero observador comprueba la persistente e interpelante presencia de los indígenas, en su mayoría quechuas. Dan la sensación de sentirse siempre desplazados y tristes, ubicados en planos secundarios obligados a servir de forma secular. Y tampoco lejos de Sucre, la ciudad de Potosí, con sus montañas horadadas por miles de galerías y agujeros, expresión de la más cruda forma de explotación y expolio de la minería de la plata. Es un canto visible al clamor de la explotación y la muerte de miles y miles de indígenas esclavizados, sometidos a la noche y la inseguridad de la mina, en beneficio de los llamados metales preciosos. Potosí, hay que verlo, y no con ojos de turista receptor de la belleza más aséptica.

La educación en el Plan 3000 de Santa Cruz de la Sierra

Enero de 2008 fue un mes cargado de agua en Santa Cruz de la Sierra. Llovía y llovía de manera inmisericorde. Todo supuraba humedad, barro, inundación, malestar, en especial en los anillos urbanísticos que van más allá del tercero. Porque esta ciudad está anillada, socialmente construida por anillos, que

representan fielmente los diferentes estratos sociales de la ciudad. Desde luego, los de los primeros anillos difícilmente van a visitar los exteriores, ni se relacionan. Son códigos diferenciados socialmente, formas de vida distintas, aun dentro de una misma ciudad, Santa Cruz de la Sierra, en sí la más grande de Bolivia en la actualidad, la más dinámica y rica en recursos naturales y su explotación.

Estuvimos colaborando una temporada en formación de profesores dentro del enorme barrio de las 3000 viviendas, y en el seno de las actividades promovidas por la Fundación Proyecto «Hombres Nuevos». Esta organización cristiana, de apoyo social, no gubernamental, fue creada hace ya 20 años por Nicolás Castellanos, obispo que fue de Palencia (España), quien renunció a su sede episcopal para dedicarse de lleno a los sectores humildes de esta ciudad boliviana, aunque su proyecto más tarde ha alcanzado dimensiones nacionales bolivianas, puesto que ya se han generado numerosas iniciativas y nuevos proyectos en diferentes ciudades y sectores campesinos.

Se dice que en Bolivia levantas una baldosa y aparecen tres ONGs, principalmente de raíz cristiana (los jesuitas tienen varias). Es el país en que mayor implantación ha alcanzado este modelo de intervención social, sin duda como consecuencia de la pobreza tan generalizada que ha generado la explotación histórica de sus habitantes desde la colonia, y desde luego la fragilidad de la administración pública y su estabilidad desde la independencia hasta ahora.

Nicolás Castellanos, que vive con un testimonio de vida ejemplar en un cariñosamente llamado «palacio» (una casita –chabola, humilde, no diferente a las miles que conforman las del barrio de las tres mil viviendas), durante estos años ha sido capaz de impulsar la mejora educativa de un barrio y una sociedad donde no había medios, recursos, instalaciones de nada, pero sí muchas necesidades: alfabetización, niños sin escolarizar, niños del mercado, niños de la calle, actividades para jóvenes, formación de maestros, instalaciones deportivas y musicales, coros y orquestas musicales de jóvenes. En fin, es todo un hervidero de iniciativas varias las que él sus colaboradores han promovido, que sólo son posibles desde la generosidad de los numerosos voluntarios implicados en ese proyecto transformador, muchos de ellos procedentes de España. Desde tesis muy próximas a las de la teología de la liberación se comprende el compromiso transformador de la realidad que viene llevando a cabo el P. Castellanos y su Proyecto Hombres Nuevos.

¿Y todo ello para qué? Pues para resolver la acuciante situación, y carencia de servicios, de un barrio que surge a las afueras de la ciudad, de la nada, como consecuencia de la llegada en alubión de más de tres mil familias cuyas casas habían quedado anegadas por la inundación repentina que ocasiona el río de la ciudad, el Piraí. Había que comenzar a dar respuestas inmediatas y de todo tipo para atender a una población tan importante y tan descarnadamente po-

bre: urbanísticas, sociales, higiénicas, sanitarias, y desde luego las educativas. El Proyecto Hombres Nuevos está ahí en Santa Cruz (y en otros lugares de Bolivia ha ido instalando iniciativas), vivo, activo, interpelando la conciencia y la generosidad de quienes mantienen sentido solidario, colaborador, filantrópico con los dolores y padecimientos de miles de personas humildes, pobres, sin medios. Es una llamada para unos desde la conciencia humanitaria, para otros desde la fe cristiana, para unos desde el compromiso político, para todos desde la solidaridad con los que más necesitan en Bolivia.

Universidades indígenas

A comienzos de agosto de 2011 tuvimos la fortuna de poder participar en una actividad pedagógica muy especial, promovida por las comunidades indígenas bolivianas, principalmente las aymara, quechua, guaraní, y de los pueblos indígenas del sur. Además, la compañía siempre magistral y motivadora de nuestro apreciado maestro Martín Rodríguez Rojo nos ayudó a compartir experiencias y reflexiones pedagógicas poco habituales, pero por fortuna muy enriquecedoras.

La convocatoria se había publicitado para el centro de convenciones, «La Casa Campestre» de Cochabamba (Bolivia), y allí se celebró el II Congreso Internacional de Universidades Indígenas, Interculturales y Comunitarias de Abya Yala, de toda América. Participan en este encuentro universitario las siguientes instituciones: Universidad Indígena Intercultural Comunitaria Productiva Aymara <Tupak Katari> (Bolivia), Universidad Indígena Intercultural Comunitaria Productiva Quechua <Casimiro Huanca> (Bolivia), Universidad Indígena Intercultural Comunitaria Productiva Guaraní y Pueblos de Tierras Bajas <Apiaguaki Tupa> (Bolivia), Universidad Intercultural Amawtay Wasi (Ecuador), Universidad Autónoma Indígena Intercultural (Colombia), Universidad de las Regiones Autónomas de la Costa Caribe Nicaragüense (Nicaragua), Universidad de los Pueblos del Sur (México), Universidad Intercultural de la Selva Peruana (Perú).

¿Qué significado real tiene este movimiento de universidades indígenas, tan floreciente ahora en Bolivia con la política de apoyo a la cultura indígena de Evo Morales, o las diferentes iniciativas que van desgranándose por otros pueblos y comunidades indígenas de toda América? En lo fundamental tratan de apostar por lo específico de una cultura, saber y ciencia de las comunidades indígenas que han podido y sabido preservar de forma secular, a pesar de todas las adversidades derivadas de la colonización impuesta a la fuerza a las comunidades indígenas originarias, y más tarde por las vías de la educación, la cultura y la religión procedente del exterior.

El lenguaje dominante en este congreso ha sido el de la descolonización respecto a la ciencia occidental y el proyecto de la modernidad, geopolíticamente eurocéntrico y castrador de las propuestas culturales y científicas, de los saberes, conocimientos y tecnologías de los pueblos indígenas originarios. Las propuestas de los participantes, indígenas en su mayoría, y algunos invitados, no podían ser otras que las de reflexionar sobre los desafíos culturales y tecnológicos que se le plantea a los pueblos originarios para el siglo XXI y el papel de estas instituciones de educación superior, de claro perfil indígena.

Algunos de los conferenciantes más destacados fueron: Rafael Bautista, Fernando Sarango, José Luis Gutiérrez Sánchez, Jaime Zambrana (rector de la Universidad Quetchua Casimiro Huanca), quienes propusieron discursos realmente alternativos, interculturales y descolonizadores frente a la hegemonía occidental.

Las mesas de trabajo de los participantes giraron sobre: 1) Descolonización de la ciencia y el conocimiento: Desafíos y proyecciones de las Universidades Indígenas en el siglo XXI; 2) Epistemologías y metodologías de investigación plurales en las comunidades indígenas originarias y productivas; 3) La participación social de las comunidades en la producción de conocimientos; 4) Gestión de la investigación y difusión de los saberes, conocimientos y desarrollo lingüísticos en las Universidades Indígenas; 5) Definición de estrategias de coordinación en el movimiento de universidades indígenas de toda Abya Yala (América).

A un observador y participante europeo (no forzosamente occidentalista) esta actividad le suscita un aliento de esperanza por la educación y la ciencia intercultural, respetuosa de todas las procedencias de los pueblos originarios, al fin por otro tipo de universidad en el que tengan cabida otras muchas propuestas de saberes, culturas y tecnologías que no sean las exclusivas que superan la criba de la ciencia occidental. A descolonizar la universidad nos llaman, sobre todo ahora en América, pero también entre nosotros a liberarnos de otras adherencias.

Los niños de la calle de Cochabamba

Era verano de 2011, en una ciudad fría, difícil y poco amistosa, a 2558 metros sobre el nivel del mar, con algo más de 600.000 habitantes. Aquellos fueron días duros, pero inolvidables, en el corazón de la miseria más brutal, económica y moral imaginable, la que se padece en la ciudad boliviana de Cochabamba, sobre todo en los ambientes infantiles y juveniles marginales, la propia de los denominados niños de la calle, la mayoría inhaladores de clefa (especie de pegamento que adormece al consumidor), los chicos cleferos.

Fuimos de la mano y compañía de José Álvarez Blanco, psicólogo español, de Valladolid, y miembro de la ONG «Voces para Latinoamérica», quien lleva varios años comprometido hasta el fondo con los niños de la calle de Cochabam-

ba, dedicado noche y día, enterrado de forma voluntaria y generosa en este capítulo, tan poco estético pero tan vital e interpelador, de los auténticos detritus infantiles y juveniles que arroja el neoliberalismo en lo último del tercer mundo.

Son niños y niñas, adolescentes y jóvenes muy poco mayores, que han nacido en la calle, o han sido arrojados a la calle por sus propios padres, o han perdido vínculos con su familia por razones de violencia sufrida en el interior de la casa. Deambulan durante todo el día y la noche, inhalan permanentemente clefa, roban lo que pueden para comer (lo de alimentarse es un eufemismo), se prostituyen ellas y ellos por unos míseros bolivianos (con frecuencia obtienen menos de dos euros cada noche después de ser víctimas de varios usuarios del sexo infantil, y a veces son sobre explotados por chulos mayores, o simplemente robados al final, en la noche o madrugada). Estos niños y adolescentes viven literalmente en la calle, en jardines no muy cuidados, debajo de puentes, en alcantarillas, y todos los días son perseguidos por la policía, de manera vehemente y terrible, lo que les obliga a cambiar de posición a diario, y por ello son difíciles de localizar desde la mirada superficial de la ciudad. Hay que rebuscar, pues se ocultan ante el desconocido. Algunos nacen y engendran en la calle, también abortan y tienen bebés, a veces los entierran, en medio de la miseria, o a veces tienen la suerte de contar con ayuda de la ONG para ir al hospital.

Pepe Alvarez nos fue presentando a unos seis grupos diferentes, compuestos de aproximadamente 15 miembros cada uno (calculaba que en la ciudad rondarían la cifra de unos 500 en una situación parecida a la que vimos), chicos y chicas, con muchos perros a su alrededor, para que les defendan y le den compañía, tirados en el suelo, arropados con mantas sucias, carentes de toda higiene. Sabemos que el perro vagabundo es el más fiel de todos para quien le acaricia y acoge.

Estos chicos son los más auténticos «perros perdidos sin collar» del novelista Gilbert Cesbron en la Francia de posguerra, más abandonados que los vagabundos de Gorki, de existencia aún más penosa que las infancias narradas por Charles Dickens en la Inglaterra industrial del siglo XIX. No es ningún consuelo pensar que niños como éstos los podemos encontrar en Bogotá Sur, en Buenos Aires, Sao Paulo, en Lima, Guatemala o en México DF, por supuesto, pues lo hemos constatado así. Son muchos dramas, miles de ellos, pero en carne infantil y juvenil, en chicos que no suelen pasar de los 23 años de vida, pues mueren antes atravesados por enfermedades diversas, por sida, por desaparición de un día para otro, al parecer para ser parte anónima del tráfico de órganos que tienen montado algunas mafias, como se descubrió y denunció hace no mucho con un camión cargado de cadáveres de niños y adolescentes que iban a ser descuartizados para utilizar sus diferentes órganos en el terrible mercado de los bajos fondos morales del sistema.

Cochabamba no es una excepción en lo relativo al drama de los niños de la calle, es parte de la asombrosa y terrible «normalidad» que genera una ciudad de unos 1.300.000 habitantes no bien contados, en un país latinoamericano pobre y mal repartido como es Bolivia, víctima estructural de los abusos y expolios del primer mundo. Pero es una ciudad y un problema, como otros varios, que precisa ayuda, compromiso, atención y apoyo, del tipo que presta Pepe Alvarez y su ONG. Los niños de la calle precisan ayuda inmediata, y programas de apoyo para abandonar esa situación tan horrorosa, pero de la que es muy complicado salir sin ayuda. Hay que acompañar a estos muchachos, que sientan proximidad, pero hay que ofrecerles también instituciones de acogida, de educación, de formación e inserción profesional, tareas y ayudas básicas, por minúsculas que puedan parecer.

Los niños y adolescentes en situación de calle (transitoria o permanente) de Cochabamba necesitan una acción que sea al mismo tiempo preventiva, educativa y terapéutica. Así lo propone y fundamenta nuestro acompañante y admirable educador de calle, J. Alvarez, en el estudio que ha realizado, ya en 2006, sobre esta población infantil y juvenil de extremo riesgo, titulado «Perfil de los niños-as y adolescentes en situación de calle (inhaladores), en Cochabamba-Bolivia. Proyecto de cooperación internacional 2006».

Los centenares de niños y adolescentes en situación de calle de esta ciudad, y otras semejantes en todo el mundo, nos piden conciencia y ayuda, apoyos, como nuestro educador de calle (a quien respetan y adoran estos niños, pues nunca les falla), como las ONGs, organizaciones cristianas, asociaciones filantrópicas que ya lo vienen haciendo. Hay que mitigar y si es posible erradicar el sufrimiento de esta infancia desvalida, previniendo, educando, curando a estos pobres y miserables niños y jóvenes, los más abandonados entre los ya humildes.

Una pedagogía boliviana

En un contexto tan propicio como el presente en la Bolivia de 2012 para promover reformas y mejoras educativas, tal como pide a gritos el nuevo texto constitucional del país andino, y sobre todo el nuevo modelo de estado, de sociedad plurinacional, y de urgencias escolares y educativas de su heterogénea población, es lógico que se produzca un arsenal auténtico de literatura educativa, que circula por librerías, puestos de calle, Internet, y en los debates públicos. Muy representativo de este momento es el librito titulado «Tareas de la educación popular en la revolución democrática y cultural» (La Paz, Centropac, 2007), en el que colaboran autores bien conocidos en Bolivia como Orlando Huanca, Abraham Colque, Rafael Bautista, Rafael Ormaechea, Aníbal Aguilar, Luis Vargas, entre otros. Es una apuesta por la descolonización pedagógica, por la búsqueda de la interculturalidad, por el reconocimiento de los problemas ped-

agógicos propios de Bolivia y la búsqueda de actuaciones que contribuyan a su identidad pedagógica boliviana.

Tratan ahí los autores de proponer ideas y soluciones para la construcción de una pedagogía boliviana propia, con identidad plurinacional, popular, intercultural, de manera muy diferente a como en 1910 lo propugnaba Franz Tamayo en su libro titulado «Creación de la pedagogía nacional» (La Paz, Editorial Juventud, 1987). Allí aquel autor boliviano reivindicaba una confusa identidad pedagógica boliviana que debía desterrar las modas educativas importadas de Europa, y mal aplicadas a los problemas urgentes que solicitaba la educación boliviana.

Los textos que escriben ahora estos pedagogos bolivianos tratan de avanzar en propuestas de pedagogía crítica, popular, descolonizadora, intercultural, con profundo reconocimiento a las identidades de las diferentes etnias y naciones del complejo espectro boliviano. No es fácil de resolver el problema que adopta rasgos de nudo gordiano, pero por ello mismo es el gran reto que se proponen avanzar y conseguir amplios sectores bolivianos en pro de una educación popular, tolerante, democrática. Y desde luego, que no resulte al final reductivista e intransigente, localista y con el peor de los modelos nacionalistas y patrioterros, por muy bolivianistas-indigenistas que parezcan.